

mientras transportan las parihuelas en las que yace el cadáver de un familiar; niños que juegan y quedan boquiabiertos cuando escuchan sus propias voces y risas en la reproducción de una grabación que les registramos previamente; un tráfico rodado donde coches, autobuses, motos, rickshaw o tuk-tuk, bicicletas o cualquier otro medio de transporte, siempre súper ocupados, a velocidades endiabladas y con un fondo musical de miles de bocinas que suenan por doquier, configurando un entramado circulatorio que, para nosotros, occidentales, podríamos considerarlo como caótico pero que los oriundos tienen totalmente asumido y controlado. Y entre toda esta anarquía urbana: las omnipresentes vacas, cuyo rol de *sagradas* les otorga el beneplácito del respeto y la veneración de todos, permitiéndoles, además, deambular entre el gentío y el tráfico sin ningún impedimento ni cortapisa. Si una vaca se para en medio de la calle; el tráfico se detiene hasta que el venerado animal decida reanudar la marcha. Si se tumba en medio de la acera; los peatones la rodean y siguen su camino sin molestarla.

Llegado el momento, cansados de patear la ciudad y de soportar el agobiante calor, nuestros estómagos nos hacen saber que es la hora de reponer fuerzas y para hacer realidad esa súplica vital decidimos comer algo en un típico puesto callejero de los muchos que hay repartidos a lo largo y ancho del país. Nos decidimos por dos *Samosas* y dos *Pakorás* para cada uno de nuestros estómagos famélicos, servidas en sendas hojas de platanero; muy picantes, pero riquísimas.

Ya entrada la tarde, mientras observamos plácidamente como el sol da carpetazo a la luminosidad del sofocante día mientras se esconde tras un purpúreo horizonte, apoyados sobre una baranda con vistas al sempiterno río y a las múltiples *ghats*, con sus hogueras-crematorios en plena actividad, se nos acerca un benefactor del turista descarriado y nos ofrece —cosa inhabitual e impensable para un viajero— la posibilidad de bajar hasta uno de ellos donde poder vivir de cerca la sagrada ceremonia de la cremación de un cadáver. Nuestro asombro y escepticismo ante la propuesta, en principio, nos hace tomar el ofrecimiento como una broma pero el nuevo *guía* nos asegura que la proposición va en serio, lo cual hace que nuestra sorpresa inicial se torne en una oportunidad ilusionante y única. Negociamos con él la cantidad que nos va a costar este privilegio y tras llegar a un acuerdo emprendemos el camino escalones abajo. La noche ya está presente. Mientras nos desplazamos con cierta reticencia y cargados de mucho respeto, saltando sobre siluetas recortadas en las sombras de cuerpos inertes envueltos por telas blancas con apariencia de momias que esperan su turno para ser incinerados en presencia de quienes fueron sus seres queridos, las aguas oscuras y tranquilas del Río Sagrado reflejan el fuego trémulo de las hogueras permitiendo que mis ojos sean testigo de una postal única e impresionante que he retenido para siempre en los registros de mi memoria —en esta ocasión, por razones obvias, aunque me habría gustado, no me atreví a desenfundar la cámara fotográfica—. Seguimos superando escalones a la estela del casual cicerone, intentando salvar los obstáculos inanimados que los ocupan, hasta que llegamos a la plataforma donde se está procediendo al ritual de la cremación. Si antes, según descendíamos por la escalinata, el hedor en el ambiente de la carne quemada agredía el sentido quisquilloso de mi olfato occidental, ahora, justo al lado de la pira, la sensación es insufrible; inconveniente que no parece importar a ninguno de los que comparten la liturgia mientras giran y salmodian alrededor de la crepitante y fantasmagórica silueta de la falla humana sin que, aparentemente, les afecte en lo más mínimo. Me hago una reflexión: «seguramente es una cuestión de costumbres».